



LATIDOS DE ÁFRICA

VIAJE POR LOS CORAZONES
DE UN CONTINENTE



Desnivel
ediciones

CLIC

Un silbido, apenas un suspiro. Un ruido entre tantos que se oyen en cualquier ciudad. Pero ¡ay!, resulta que el chiflo suena en una calle desierta del centro urbano de Johannesburgo, entre el silencio de una tarde de domingo, cuando la ciudad parece casi vacía y tan solo la recorren unas cuantas mujeres devotas vestidas con hábito morado, en general señoras rollizas, que vienen o van al culto religioso anglicano. Pero ¡ay!, al otro extremo de la calle Bree se oye otro silbido, y casi al mismo tiempo una banda de negros viene al encuentro de cuatro pasmados visitantes blancos que acaban de llegar a Johannesburgo y que apenas han podido comprobar si sus alas de pardillos pueden volar en Sudáfrica.

Son ocho, diez, quizá doce facinerosos divididos en dos cuadrillas, cada grupo se acerca desde cada extremo del tramo de la calle, de ahí los silbidos, eran las señales que utilizaban para ponerse de acuerdo y cortarnos la retirada. Van abrigados porque hace mucho frío, vienen corriendo porque necesitan presteza, corren desgarbados porque, seguramente, les faltan muchos muelles a sus cuerpos de cazadores. Todavía no sé qué está pasando

hasta que, ¡ay!, veo ocho, diez, quizá doce cuchillos sa-
jando el aire fresco del invierno austral africano. Entonces
es cuando me doy cuenta de que uno de los asaltantes in-
tenta cortar la correa que me sujeta el bolso en bandolera;
otro anda zascandileando con su faca por mi espalda, más
o menos por donde engordan las cervicales, hurgando,
haciendo una brecha en mi jersey, y aun me rasgará la
camisa que va debajo de él. Es un tira y afloja entre unos
primos y unos pillos. Y eso que nosotros somos un cuar-
teto de machos cabríos, y que estamos a plena luz del día
y en una zona céntrica de Johannesburgo. Pero ¡ay!, eso
no sirve de nada. Uno de nosotros sale huyendo —«¡Qué
les den por saco a mis compadres, que antes es mi pe-
llejo!»—. Los otros dos compadres, ya desvalijados, andan
que apañan o no apañan su cara de turulatos. Yo soy el
único que se resiste: tirones, forcejeos, fuerza y arrebató, y
un cuchillo que cae y rueda por el suelo. Uno de los tipos
agarra mi reloj y lo arranca de cuajo de su correa, pero
se le escapa y cae igualmente al suelo; el reloj, carente de
valor alguno, será lo único que se salve del saqueo. Pero
¡ay! un puñetazo en el entrecejo deja más que almidon-
nadas mis rayas de tigre de papel; el golpe me produce
una herida —pequeña, sí, un poco sangrante, sí, pero no
mucho, aunque suficiente para que, con su cicatriz, yo
pueda presumir en el futuro ante y entre mis amistades
sedentarias—, y mis gafas, partidas en dos, saltan por los
adoquines con un tilín tilín bastante molesto. Y allá corren
de vuelta los bandoleros, con el mismo desgarmo que a la
ida, zapateando el piso; uno de ellos mira hacia atrás, es
el que lleva mi bolso. Y por allí resopla mi zurrón con mis
cheques de viaje —menos mal que no los podrán cobrar—,
pero también con dólares en efectivo, mi pasaporte, los
visados de entrada a Sudáfrica y Botsuana, el billete de

avión, dos cámaras fotográficas y un sinfín de cachivaches, entre los que están una mascota de trapo, un cuaderno, una linterna de esas que sirven para iluminar bajo el agua, una agenda, tabaco y cerillas, y muchas cosas más; en suma, el golpe perfecto. Lo que traen un par de silbiditos.

Camino de la comisaría, sin gafas y a lo loco, voy viendo de manera borrosa –qué remedio, la montura de mis lentes se quebró– el anochecer de Johannesburgo. Ahora hace más frío, sobre la ciudad se está propagando una helada que, lentamente, va cerrando las calles, apagando la luz, manoseando las fachadas de los edificios y descubriendo, a la vez, sombras que nada y nadie producen. Medio cegato, desperezándome todavía de la pesadilla, no hago nada más que repetir: «¡Qué palo, Dios, qué palo!».

Al llegar a la comisaría, unos pocos policías blancos amasan rutina con bostezos, y tal mezcla de tedio la van extendiendo como una oblea sobre el mostrador de atención al personal abatido. Se trata de una sala grande, vieja y gastada, parecida a esas oficinas que existen para no existir, las mismas que se convierten en descomunales castillos ante los grandes problemas de la gente pequeña, y donde permanece otra gente insignificante e incapaz de resolver los conflictos que hasta allí van a estamparse. Apoyados sobre una pared de color cirugía, sentados sobre un banco corrido, dos negros esperan para ser atendidos. Uno lleva la cara cubierta por la sangre que mana de sus sienes reventadas. El otro sangra por la boca, tiene los labios partidos y descolgados. Los negros no se conocen, vienen de guerras diferentes, pero ambos chapotean levemente sobre sus respectivos charcos de plasma, unos pequeños pantanos formados en el suelo y que reflejan muchos colores azules eléctricos producidos

por los tubos fluorescentes que iluminan la sala; más que de sangre, esos dos charcos parecen nutrirse de gasolina. Las heridas de los dos negros no tienen nada que ver con el ridículo picotazo que yo llevo en el entrecejo.

Un policía blanco abandona su aburrimiento para penetrar en otra rutina. Extrae de un armario un pistolón negro y seco y nos conduce a los tres esquilmados hasta un coche de patrulla, y así nos vamos a recorrer de nuevo la calle Bree y sus alrededores, para ver si reconocemos a alguien relacionado con el atraco. Cuando salimos de la comisaría, los dos negros siguen batiendo con sus talones el líquido que brota de sus heridas y que continúa goteando, ropas abajo, zapatos abajo, sin pausa, sobre el cemento del piso.

Pero, salvo a un borracho harapiento cubierto de frío y tinieblas, no encontramos a nadie. De manera que, ligeros de equipaje, regresamos al albergue de donde salimos esta tarde para pasear por el centro de Johannesburgo.

Y esta es la puerta sur de África, esta es la zona de recibimiento. Johannesburgo, una ciudad como otra de Sudáfrica, donde los negros y los blancos no quieren saber nada de los blancos y los negros. La otra comunidad importante, los indios, se mantiene al margen de todo, como siempre, llevando sus propias cuentas de explotación de tristezas.

En esta ficha de dominó –una parte blanca y otra negra– cuyos lomos no acaban de encajarse, y tardarán mucho tiempo en hacerlo, viven, por un lado, los negros de origen bantú, y por otro, los blancos, herederos africanos estos de los colonos europeos, aquellos que, procedentes de Alemania, Dinamarca, Suiza, Francia – hugonotes– y, sobre todo de Holanda, impelidos por la lanzadera que supuso la Compañía Holandesa de la Indias Orientales, llegaron al sur de África con la gusanera

puritana-calvinista en sus magines y, en definitiva, con un racismo de estupenda-primera-calidad-superior-garantizada, atributo endémico del que gozan las sociedades que se saben inseguras y, en definitiva, inferiores, y cuanto más amenazadas e indefensas, más tajantes, para que a sus miembros esa ofuscación les sirva para rejuntarse mucho y alcanzar la cohesión defensiva que necesitan. Colectivos aquellos ricos en instinto laboral, austeridad y prejuicios; sufridores hasta la temeridad; incultos hasta la enajenación. Semianalfabetos, sus lecturas se reducían al monocultivo literario de la Biblia; maestros geniales en el arte de perderse cosas en la vida, aunque también, en la misma proporción, menesterosos y rácanos de miras y entendederas. Luego llegarían los británicos, cómo no, y, aunque en menor medida, posaron, si no con entusiasmo, sí al menos con afición, en tan soberbia y ejemplar foto de grupo racista. En Johannesburgo, en general, los negros viven en barrios hacinados, como Soweto; los blancos, en, alejadas del centro, colonias de villas armadas hasta los mismísimos dientes de sus robustos perros de presa. En las cercas y fachadas de las casas de los blancos se adosan grandes rótulos amarillos que avisan de que, de ahí para adentro, se dispara a todo lo que se mueva dentro de su propiedad y que tenga color carbón. Vaya desencuentro entre estas dos clases de gentes que, al fin y al cabo, son de aquí, tan habitantes de cierta raíz son unas como otras, pero, bueno, si los negros andan resentidos, los blancos andan prevenidos. Aunque, en realidad, tanto bantúes como blancos son invasores históricos de Sudáfrica, los unos –también peritos en racismo– se desplazaron junto con sus ganados desde, más o menos, el medio norte del continente; los otros, los blancos, desde la costa sur, y ambos expulsaron desde la sabana hacia el desierto del

Kalahari a los frágiles e inofensivos bosquimanos que estaban aquí antes que todos ellos. Puestos a segregar, animados a inventar el *apartheid*, tanto lo crearon y practicaron los negros como los blancos.

Así pues, desde la tarde de los silbidos cortos ando enfurruñado y mohíno. A veces me veo suavemente agitado por un viento peregrino, como si estuviese columpiándome en una espiga, pasando las primeras noches posteriores al atraco observando contemplativamente cómo manadas de erizos patrullan por los pliegues de mi cerebro. Por las mañanas, sin embargo, saco a pasear la ofuscación y recorro la ciudad para recomponer mis visados, apañando un nuevo billete aéreo, recontando hasta la obsesión mi dinero restante, comprando una cámara fotográfica de segunda mano, yendo y viniendo, comprobando que Johannesburgo no es una broma, que no es raro ver cómo, entre calles, avenidas y edificios de trazos modernos, a plena luz del mediodía, soplos de inseguridad frecuentan la ciudad, de hecho así ocurre cuando pasa rozando mis narices un negro con pistola plateada que persigue a otro que huye de los malos proyectos que el primero tiene sobre él. Para todas las gestiones, tomo como base la recepción de un gran hotel céntrico y ahí me encuentro con la burocracia diplomática española asentada en Pretoria, la capital administrativa de Sudáfrica. Un funcionario español con voz de lápiz me insiste telefónicamente en que, para que me extiendan un nuevo pasaporte, tengo que desplazarme hasta aquella ciudad, personarme en la embajada, que no se cree que yo soy el que soy, que él no puede (quizá no sepa) hacer nada si no comparezco en la cancillería, o en el consulado, o en que sé yo; como tampoco sé cuántos trámites y estupideces más me reclama este lacayo del papel; menos mal que,

en sucesivos contactos, el burócrata-obstáculo, el hombre pequeño instalado en el castillo, no aparece más y una razonable funcionaria de la misma embajada me dice que no es necesario que vaya hasta Pretoria, que ella lo resolverá todo mediante faxes, correo y mensajerías, y así es.

Bueno, bueno, bueno. ¿Y con estos mimbres voy a andar por África? No hombre, no. ¿Contando desventuras, haciendo pucheros para mis adentros, lloriqueando por las esquinas donde se doblan los desiertos, las sabanas, las selvas, los mercados, los poblados, las ciudades, los barrios, los ríos, los lagos, el calor, las lluvias? ¿Relatando desdichas que a nadie le importan, y me parece que, en el fondo, a mí tampoco? No, así no. Hay que dejarse de dodotis, talco y agua de colonia. Tribulaciones sí, daños y perjuicios no. Y es que África hay que conocerla yendo escurrido, sin prender atavíos inoportunos a la propia valija, que desde el moro al bosquimano, desde el suajili al etíope, desde el targuí al bororo, ya todos ellos se encargarán de impregnar sus sudores en la chepa del transeúnte. De manera que nada, al tajo, y a darle jarabe al olvido.

Y con una furgonetilla alquilada en Johannesburgo, novísima e ideal para familias campantes, nos vamos hacia el desierto del Kalahari. Hasta que alguien, ya en Botsuana, nos dice: «Créanme, no vayan con eso al desierto». Arrendamos un coche todoterreno y, rodando rodando, regresamos a Johannesburgo con los dos vehículos y devolvemos la furgoneta. Y otra vez hacia Gaborone, la capital de la hoy Botsuana y ayer Bechuanalandia. En todas las ocasiones, a las idas y venidas, pasamos a través de un país inexistente llamado Bofutatswana, una pupa enquistada en la República Sudafricana, cuya aduana fronteriza, como todas en el mundo, pero esta más que ninguna, está instalada solo para molestar.

Somos cuatro: un tipo muy dispuesto, despabilado y futura carne de directivo de compañía multinacional –llamémosle Do–; su amigo, un sujeto con buenas intenciones, pero algo falto de juicio, cuya chaladura, al parecer, provoca muchos conflictos en su familia (y esta, para evitarlos, le sufraga todos los caprichos, incluido este viaje) –llamémosle Re–; la tercera pata del taburete es un individuo recio, que siempre tiene mucha hambre y, en la misma proporción inversa, carece del menor brote de higiene, y al que llamaremos Mi, y, finalmente, yo.

Do, como digo, es muy avispado, triunfará, si es que no ha triunfado ya en el mundo de la empresa. A pesar de su huida en el asalto de Johannesburgo, reconozco que, gracias a su fluido y buen inglés, me ayudó mucho en todos los trámites de recomposición de mis documentos. Re va a remolque de Do; Re a veces tiene su gracia, pero está aquí como podía estar en otro sitio, le da igual todo; en poco tiempo, malgastará el mucho dinero que ha traído. Se ha comprado un tirador de goma para –según dice– cazar leones. Mi apesta y no tiene modales. En un microbús que tomamos en Johannesburgo y que circulaba repleto de gente, al poco tiempo de iniciar nuestro trayecto sentí un olor pútrido que, en un primer momento, achaqué a la masa de negros silenciosos que allí viajaba, pero no, era Mi, que no paraba de peerse con fruición. En vez de bosquimanos dice *bosquímanos*; asegura que sus dos mayores objetivos en este viaje son: ver un tigre –sí, un tigre– en el Kalahari y conseguir un par de cuernos de búfalo para colgarlos en la pared del bar de tapas que regenta iiiun bar de tapas bajo la tutela de esta mofeta!!! Su mayor virtud es la incansable disposición que tiene para conducir el vehículo. En cualquier caso, tengo que admitir que con esta cuadrilla –y en gran medida gracias

a ella— voy a llevar a cabo el viaje de más y mayor aventura que jamás he hecho.

Debido a que yo debía medir hasta el último céntimo del dinero que todavía conservaba para el resto de la ruta y que, además, Mi/mofeta no tenía querencia alguna por los alojamientos como Dios manda, la primera noche en Gaborone la pasamos en el coche. Lo aparcamos en un descampado oscurísimo; a lo lejos, muy a lo lejos, apenas se apreciaban las luces que mal llegaban de la ciudad. Casi toda la noche estuvimos en un duermevela, pero hasta el amanecer permanecemos en un mundo a no más de diez minutos de la pesadilla. Y es que ninguna prenda, ni el saco de dormir, ni la calefacción del coche, ni nada, podía atenuar el frío de la noche del invierno austral, y, sobre todo, porque, de vez en cuando, algunas cabezas negras sin rasgos aparecían y aplicaban sus hocicos en los cristales de las ventanillas. Para ver mejor lo que había dentro del vehículo, aquellas máscaras sin cuerpo, aunque creo que humanas, colocaban las manos en las sienes como si aquellas fueran orejeras. Las apariciones miraban y rezonaban, se movían rápida y lateralmente. Gracias al vidrio de la ventanilla, yo no sentía directamente los alientos que salían de aquellas bocas y que impregnaban los cristales, era un vaho intermitente y extenso que demostraba que, allá afuera, aquellas cosas eran reales y estaban vivas. Con frecuencia, las caras sin rostro estaban no más distantes de dos o tres centímetros de mi barbilla.

Por la mañana fuimos a un hotel lujoso donde, además de asearnos gratis y desayunar a lo bestia por un precio muy razonable en el bufé instalado en el jardín, nos llevamos todos los rollos de papel higiénico que había en los lavabos, y del bufé, un enorme tarro de ketchup destinado a futuras sazones.

La segunda noche, sin embargo, fue mucho menos ingrata. Embaucamos a un par de chicas que conocimos a la puerta de un hotel y conseguimos que nos invitaran a dormir en su casa. Las dos eran muy jóvenes, una de ellas tenía unos feos rasgos hotentotes, un cabello duro y abrasivo como un estropajo Scotch-Brite, sus maneras eran absolutamente tribales y hablaba con una voz grave y extraña. La otra chica era bantú y descarada y, a pesar de su juventud, tenía unas tetas tan colgantes y escurridas que parecían dos tinteros que, en contra de la ley de la gravedad, habían derramado tinta china de abajo hacia arriba, desde casi el ombligo a la pechera. Antes de ir a su casa, insistieron para que fuésemos al casino de Gaborone, una vez allí, y ante nuestra negativa a apostar una sola pula (la moneda del país), nos invitaron a ir a un bar de ambiente puramente africano, aunque, a pesar de ello, allí había un blanco magreando a una joven negra que poseía una figura sobrenatural y ya prácticamente en desuso en el mundo civilizado; su cabello estaba distribuido en graciosas trencitas; calzaba unos zapatos de tacones altísimos y vestía una blusa amarilla abierta en un escote que apenas podía contener a un enorme rompeolas moreno. A través de su pantalón, igualmente amarillo, se apreciaba perfectamente, gracias a la luz infrarroja del local, el detalladísimo mapa satelizado de sus bragas resumidas, eso cuando la mano del blanco no se interponía entre la luz y el culo de la negra, produciendo un desagradable efecto eclipse.

Nuestras anfitrionas vivían al sur de Gaborone, en un lugar cercano a la carretera de Lobatse. Se trataba de una vivienda de habitaciones un tanto destartaladas, sobre todo el salón, en el cual, cuando llegamos, un joven negro veía la televisión, o quizá la estudiaba porque el tipo, en

todo el tiempo que estuvimos en aquella casa, no nos hizo caso ni despegó la vista de la pantalla.

A la mañana siguiente partimos en dirección a Khutse, una pequeña reserva de caza prendida en el extremo sur del desierto del Kalahari y que está a trasmano de cualquier ruta turística. Durante el trayecto, pasamos por diferentes aldeas, la mayoría de ellas habitadas por hotentotes. El aspecto de las aldeas resulta tan insignificante que, sobre todo durante la estación seca, casi quedan ocultas bajo la cobija de un horizonte árido e igual. Muchos de estos poblados están cercados por una empalizada nudosa hecha con desmadejadas estacas irregulares, unidas por ramas secas; desde cierta distancia, el conjunto circular del cercado se asemeja a una gran corona de espinas. Dentro del recinto de cada aldea no solo se sitúan las chozas, sino también el ganado, que por la noche queda guardado dentro de la empalizada para impedir que sea robado o atacado por las alimañas. Las chozas, los arbustos rascosos y las gentes, todo lo que allí existe, es repasado por la lija del polvo, el viento y el clima, todo el tiempo, poco a poco, de tal manera que cada día, antes de que llegue el atardecer, cabañas, vegetación, animales y seres humanos acaban componiendo un inventario de astillas clavadas entre los dedos y la uñas del paisaje.

Antes de que la carretera de asfalto se acabe, nos detenemos en uno de los poblados. A las puertas de las chozas, sentados y cubiertos por las diminutas sombras del mediodía, hombres y mujeres acumulan en su piel marrón el calor modesto que ahora empapa la aldea; luego, al atardecer, volverá el frío y todos los habitantes se recogerán sobre ellos mismos para, finalmente, desaparecer entre los muchos pliegues de su piel, la que ahora tensan, curten y abren de par en par. Aquí es la primera vez que

oigo los chasquidos que produce el idioma khoisan, lo que indica, además de su aspecto mongoloide, el estrechísimo parentesco de los hotentotes con los bosquimanos. El khoisan es una lengua que salpica de clics los susurros y las conversaciones leves, especialmente de los viejos, los cuales, a la vez que parlotean, fuman en pipa y esperan a que la luz cambie, o a que el ganado regrese de pastar, o, simplemente, a que no ocurra nada.

En el camino entre Molepolole y Lethakeng, circulando ya sobre una pista de tierra, nos encontramos con una larga comitiva compuesta de coches y gente. Se trata de una boda. Los vehículos son camionetas atestadas de personas, las que no caben en la cabina caminan y bailan a pasos cortos pero rotundos. Y tras todos ellos, algunos chavales marchan manejando sus propios coches de juguete, esos cachivaches que los niños africanos se fabrican y que generalmente están hechos con tablillas, alambres, cuerdas y hojalata. Uno de los chicos maneja su pequeño auto de juguete mediante un volante de tamaño desproporcionado al prototipo, el volante está engastado en una larga vara de metal que permite gobernar perfectamente, sin necesidad de agacharse, la dirección de las ruedas hechas a partir de latas de refresco.

Antes de entrar en Khutse, ya en pleno ocaso, a dos kilómetros de la reserva, nos detenemos en un poblado bosquimano que coloca sus chozas de adobe y paja como dedales en una mano sin dedos. No importa que el sol de la tarde esté dando unos últimos lengüetazos al crepúsculo, la cuerda larga del frío vuelve para amarrar en corto todo lo que se mueve y no se mueve en el desierto del Kalahari. Además, se ha formado una ventisca que está cambiando de sitio el suelo y el cielo. Más o menos en el centro de la pequeña

explanada de la aldea, hay un pozo en donde unas cuantas mujeres bosquimanas harapientas llenan de agua sus vasijas. Cerca del pozo, unos cuantos chavales están en cuclillas, formando un inofensivo comando de guerrilla contra el frío. Los niños semidesnudos y tiritones se juntan y aprietan, agachados y solidarios, contra el viento helado, a ellos las limosnas finales de este sol viejo y mamón tan solo les llegan para llevarse una esquirla de calor a la piel. Unidos en grupo, frentes contra espaldas, acurrucados, en la misma postura que adquiere alguien que cocina en el suelo, los chavales protegen sus rostros de la ventisca.

Una mujer con un cubo sobre la cabeza se aleja en dirección al sol de esta última hora del día. La silueta va dejando atrás el pozo, cuyo barro marrón de alrededor está batido por pisadas de todos los tamaños, huellas de cacao de humanos y animales. Al final, el claroscuro, el polvo y la arena no solo disuelven los perfiles del grupo de niños y el contorno de la mujer que lleva el agua, sino que también deshacen los baobabs, las acacias, los termiteros, a todo el Kalahari.

Cerca del poblado, entre un jaleo de colores celestes, azufre, rojo y malva, esos crepúsculos africanos que, desde Melilla a El Cabo, cada anochecer inflaman el continente, instalamos nuestras tiendas de campaña. Una de las carpas es nueva, comprada en una tienda de postín de Johannesburgo, ahí dormimos Do y yo. La otra es un potaje de andrajos que adquirimos de segunda mano a un mochilero que se alojaba en nuestro mismo albergue de Johannesburgo; en esta duermen Re y Mi. Hace tanto frío que para pasar la noche, además de no desvestirme y utilizar el saco de dormir, me apaño el mosquitero como pieza de abrigo.

Después de un amanecer envuelto en arena y escarcha, a las nueve de la mañana ingresamos en la reserva de Khutse. Un guarda que está dentro de una cosa parecida a una garita nos cobra una tasa de 15 euros por persona. El coste de la entrada da derecho a utilizar el único grifo que hay en todo el parque y que se levanta desde el suelo en el extremo de una tubería respingona que hay no lejos de la garita. Es el único servicio, no hay más.

Apenas se ven animales, algún ñu, unos buitres, un avestruz, poco más. Pero tras una gran acacia, al voltear un grupo de arbustos extensos y altos, encontramos una charca artificial en donde están bebiendo un buen número de gacelas, topis, jirafas, impalas y muchos ñúes. Los animales se ven sorprendidos y huyen de la charca entre una gran bulla y esparciendo sus babas por las arenas de esta parte del Kalahari. Tan solo permanecen en el lugar un par de buitres sobre una rama de un árbol seco, así como un águila negra posada sobre un árbol opuesto al que se encuentran los buitres. Luego, los tres pajarracos también se van.

«¡Qué bárbaro! –nos decimos unos a otros–. Esto es mucho más que un bebedero de patos». Y así acampamos cerca de la charca, ahora desierta, para forrarnos los ojos con tanto animal que hasta aquí debe acudir. Los vamos a ver de cerca, tal y como los muestran los documentales que se emiten por televisión; seguro que vienen hasta leones y, como ya barrunta Mi, tigres y todo. De manera que solo tenemos que esperar a que llegue la noche para que esto se convierta en el variado y nutrido abrevadero del Arca de Noé.

Ya a oscuras, más o menos camuflados detrás de una acacia, dentro del vehículo por el frío, esperamos y esperamos, y seguimos esperando. Pero, aparte de un chacal de

difícil vida interior y de una hiena esmirriá y despeluchá, hasta aquí no llega ni un solo bicho más. Quizá mañana muy temprano vengan más animales, que esas horas son las mejores para verlos, según dicen los expertos y las enciclopedias sobre fauna salvaje, y los sabios documentales, que esos sí que no se equivocan.

A las 5.30 de la madrugada, cuando apenas en el horizonte aparece un largo churrete anaranjado, ahí, a pocos metros del bebedero, estamos apostados de nuevo para observar cómo llega a beber el inventario completo de las bestias africanas. Y no. Aparece el mismo chacal de anoche –o al menos se parece mucho– y la misma hiena de anoche –o al menos se parece mucho–. Ambos animales permanecen largo tiempo sin despegar el hocico del agua, a una responsable distancia entre uno y otro. Para ver mejor la flaca escena, encendemos los faros del coche, y cuando la hiena nos mira de tanto en tanto, nos envía los chispazos verdosos que emiten sus ojos al ser iluminados por los focos.

El sol ya se ha subido a las ramas de las acacias. Hace ya tiempo que los dos animales se han marchado con sus buches repletos de agua y sus juicios perplejos por aquella aparición con ruedas y ojos brillantes, olorosa y ruidosa –hemos tenido el motor en marcha porque sin calefacción aquí no hay quien aguante–. No ha aparecido ni un solo animal más. ¡Cómo mienten y manipulan los documentales de televisión y las revistas de grandes reportajes! ¿De donde sacarán su universo de papel cuché? El mundo que muestran no se da tal y cómo uno lo ve cuando está presente en el lugar. En cierta ocasión, un amigo de un amigo me dijo que él, con su colección de revistas ilustradas y lustrosas, con su biblioteca atestada de libros de fotografías de gran

formato, veía otra realidad mucho mejor, mucho más linda, en la que siempre hace buen tiempo, nunca llueve y perpetuamente es por la tarde, con una excelentísima luz bañada en colores pintureros, y todo quedaba más grande y más cerca, espléndido y barnizado; eso, sin tener que molestarse en ir a cualquier destino. Su visión del mundo no iba a mejorar yendo a los sitios, todo lo contrario, y encima no tenía que pasar penurias, ni peligros ni gastar tanto dinero. Y tenía razón.

«Mantenerse siempre en las pistas, no molestar a los animales y no circular de noche». estos son los avisos y recomendaciones, y en definitiva, prohibiciones, con que suelen informar todos los parques y reservas de animales del mundo, también aquí. Con frecuencia hemos visto carteles en donde se enfatiza sobre ello. Mientras permanecemos en Botsuana, siempre que se presentaba la ocasión nosotros violamos, por ese orden, las tres advertencias. Y la primera vez que lo hacemos es aquí, en Khutse. Pero es que un robusto antílope órix está plantado en medio de una gran laguna seca. Mirádonos, solitario, tentador. Así es que, sin remordimiento alguno, abandonamos la pista y nos vamos a por él. En cuanto rodamos de frente hacia el animal, este tensa sus carnes e inicia una carrera sutil y elegante, más armoniosa cuanto más velocidad va ganando. Con su cabeceo acompasado y con sus largos cuernos rectos, rasga la distancia a la vez que escribe con sus astas signos de fuga sobre el aire, como si este fuese el pentagrama de una partitura salvaje. Más que correr, parece que navega, sobre todo cuando sus pezuñas levantan a cada paso cuatro suaves antorchas de espuma de arena. A veces nos colocamos en paralelo, a pocos metros del animal, así podemos ver cómo su corpachón de buey mantiene una trayectoria lineal y fácil para ser perseguido

a través de la llanura reseca. En ocasiones, lo tenemos tan cerca que podemos ver cómo bajo su cuero tostado se le marcan las fibras de los músculos, cómo de flexible es su galope y cómo todos sus tendones son latigazos que lo azuzan para que alcance el límite de la laguna y así quede a salvo de la persecución a que lo somete esta panda de perturbados. Gracias a que Mi ha encajado el coche en un hoyo, el órix toma ventaja y abandona la planicie. Entre gruñidos de motor y resoplidos de tubo de escape, conseguimos salir del socavón, pero ya es tarde, allá lejos, sobre un promontorio que marca el perímetro de la laguna, el animal observa, ya parado, cómo ahora andamos persiguiendo a dos avestruces, claro que estas ya no mantienen una huida en línea y cuando menos lo esperamos cambian el sentido de su carrera y nosotros nos pasamos en velocidad y dirección.

Sí que hemos vivido unos momentos divertidos, y hasta emocionantes, es verdad que hemos hostigado tanto al órix como a los avestruces, pero a los animales, en sí, no les hemos hecho daño alguno. Ciertamente que otros visitantes de África mantienen las formas, no suelen abandonar las pistas, pero disparan a los animales y los matan cómoda y correctamente desde sus vehículos, o desde el tren, como lo hacían aquí en África algunos de los primeros cazadores exterminadores europeos y norteamericanos que, desde finales del siglo xix hasta bien avanzado el siglo xx, asesinaban –otros todavía lo hacen– animales a trochemoche, cuando, porque sí, dejaron como un solar las sabanas de este continente. Claro, todos ellos colocaban sobre los cañones de sus escopetas la disculpa-patraña que dice que así se da salida al instinto cazador que todos poseemos, o que las muertes que provocan ayudan a mantener el equilibrio ecológico del lugar. ¡Ja!

En dirección norte, bordeando por el oeste la reserva del Kalahari central, nos dirigimos hacia lo que es una de las zonas bosquimanas más auténticas de Botsuana. Se trata de las colinas de Tsodilo, situadas a un tiro de honda del delta del río Okavango y a dos pasos de la namibia franja de Caprivi. Ahí sí que vamos a encontrar bosquimanos genuinos, y no como ha sucedido hasta ahora, que solo hemos hallado individuos o grupos pertenecientes a ese pueblo, aculturados, harapientos, tristes, taciturnos; gente que apenas puede remendar los clics de sus voces. Pero en Tsodilo no, allá existen algunos grupos de estos históricos cazadores y recolectores, los simpáticos e ingeniosos catedráticos en la disciplina de buscarse la vida. Comunidades en donde ser pequeño es una gratificación y en donde lo natural y espontáneo permite no tener que mirar de reojo por si alguien que está al lado se enoja con tu risa, con tu parloteo, o con tus quejas expresadas con grandes aspavientos, cuando, en fin, se echa fuera ese exceso de emociones que en el mondongo del alma forman un runrún insoportable. Vamos hacia esas también pequeñas aldeas nómadas, aquellas bujías donde todos se conocen y reconocen, y cooperan entre sí, donde la caza –y por extensión, el sustento– es colectiva y distributiva; en su idioma no se pronuncia, porque no existe, eso de «tó pá mí». Escasos de chichas pero grandes en cultura, pintores parietales exquisitos, literatos orales de buena calaña: metafóricos y cuentacuentos. Danzantes sobre la arena, profundos en sus conversaciones con los animales y, en fin, con una cosmogonía tan inmensa como el futuro incondicional. Libres, tan solo fiscalizados por la gazuza de la andorga y, en su medida justa, por unos dioses que, según se dice, deben estar locos. No se sabe exactamente de dónde proceden, pero sí que en tiempos lejanos habitaron

en zonas tan distantes del Kalahari como Tanzania, Etiopía, Uganda, Sudán y, claro, casi todo el sur de África.

Un día, hace ya mucho tiempo, un grupo de bosquimanos que iba de cacería se detuvo cerca de un arbusto. Debajo de donde crecía casi cualquier clase de vegetación era prácticamente seguro que allí se ocultara algún brote de agua. Varios bosquimanos de la batida se pusieron a hacer un pozo para conseguir el líquido que necesitaban. Normalmente, en no mucho tiempo conseguían que el agua surgiera desde el fondo de un hoyo no excesivamente profundo. Pero aquel día los cazadores cavaron y cavaron con sus varas de madera sin conseguir que el agua apareciera. Al fin, de entre la tierra sombría del agujero apareció un chorrito de líquido, tan ridículo que apenas podía satisfacer la sed de aquellos hombres, mucho menos para poder llenar sus cantimploras hechas con las cáscaras de huevos de avestruz. Ahí andaban los cazadores exprimiendo la tierra para conseguir algún fluido de agua decente cuando, a lo lejos, escucharon un repique de esquilas junto con un rumor de mugidos. Ambos sonidos no los habían escuchado jamás. Igualmente oyeron murmullos en una lengua que no entendían y que hablaban gentes que no habían visto antes y que tenían una piel mucho más oscura que la suya. Aquellos invasores, mediante extensos y profundos pozos excavados en la misma zona en donde se encontraban los bosquimanos, daban de beber agua abundante a su ganado. Habían abierto los pozos rápida y fácilmente gracias a unas poderosas herramientas de metal que minaban la tierra con una eficacia desconocida para los bosquimanos. Aquellos utensilios arrancaban hasta el último hilo de saliva surgido de la tierra. Ante tal rivalidad y desde aquel día, los bosquimanos cada vez tenían que cavar más dura y

profundamente con sus utillajes de madera, empleando más tiempo y buena parte de las energías que necesitaban para la caza. Tanto ellos como sus familias comenzaron a sufrir de sed y, según pasaba el tiempo, era más y más difícil poder humedecer sus vidas. Ciertamente es que los invasores apenas cazaban, ahí no eran competencia, pero sus ganados, y ellos mismos, absorbían hasta la última gota de agua. Era gente bantú. Era una nueva época.

Con aquellos empujes negros, o en su caso, blancos, como ya se ha dicho, con el avasallamiento ganadero y agricultor, y desde luego agresivo y violento en muchos aspectos, los bosquimanos fueron cediendo, viéndose reducidos a zonas más estériles, como el Kalahari, donde los ganados bantúes solo podían encontrar pastos raídos y sin interés nutritivo alguno. Otros bosquimanos colaterales claudicaron y abandonaron su tradicional estilo de vida nómada, se mezclaron con los invasores y adoptaron sus maneras de vivir y de sustentarse; aquella gente asimilada eran los llamados hotentotes.

Splash

Y en este camino hacia el norte vamos pasando por pueblos de poco y mal pan; durmiendo en hoteles precarios, o escuelas, o garitos que nos recomienda la policía; o en casas abandonadas, o a la intemperie, en rastrojeras espinosas, en eriales cubiertos de excrementos de animales. Donde hay posibilidad de ello, acopiamos gasolina, a veces acumulándola –por si las moscas futuras– en depósitos y tanques extras, o en cualquier lata o botella. Lo mismo hacemos con el agua, cuando aparece alguna bomba o surtidor, ahí estamos llenando los bidones que acarreamos, y cuando están repletos, añadimos pastillas potabilizadoras, también por si las moscas futuras.